

No podemos ménos de lamentar aquí una triste prueba de la inconsecuencia en que los hombres incurrimos cada dia. Expulsados los jesuitas de la Confederación Argentina por el dictador Rosas (1), pasaron al Brasil y establecieron misiones en Rio Grande y un colegio en Santa Catalina para la educacion de jóvenes. Todas las autoridades de ambos lugares no tardaron en informar al gobierno del imperio *del gran bien que recibian los pueblos donde la Compañía habia establecido aquellas casas*. Ese bien era además indudable desde que la juventud recibia luces y los pueblos doctrina de que ántes carecian. Mas, á pesar de todo, el gobierno se manifestó indiferente al bien de sus gobernados y nada hizo en favor de esos hombres verdaderamente benéficos. Esto sucedia cuando ese mismo gobierno en magníficos mensajes aseguraba á la nacion « que no omitia medio de ninguna especie, á fin de poner al alcance de todos los brasileños los bienes que produce la civilizacion. » Cuando esto se aseguraba, la Compañía emigraba de Santa Catalina, los estudiantes volvian á sus casas y los jesuitas marchaban á buscar en otro suelo la proteccion que no les dió el Brasil. Inconsecuencias son estas en que caen con frecuencia los gobiernos cuando mezclan con las propias convicciones los intereses y las preocupaciones ajenas, agitadas siempre en rededor de los tronos y bajo el solio de los que mandan. Los jesuitas no tenian las simpatías de los hombres influyentes en la marcha de los negocios públicos. Este es el motivo real por que sus servicios no fueron reconocidos por la corte en el Brasil.

(1) Año de 1840.

## CAPÍTULO V

Esclavitud. — La legislacion portuguesa la admitió y sancionó en la época de la conquista. — Conducta de la Iglesia católica á este respecto. — Los misioneros del Brasil establecieron en el siglo décimosétimo lo que en el decimonono han procurado los ingleses. — Notable diferencia que existe en favor de la empresa de los primeros. — Vieira y sus trabajos por los indígenas. — Situacion actual de los esclavos. — Impresion dolorosa. — Los esclavos de la nacion. — *¿A qué han quedado reducidos los esfuerzos de la filantropía inglesa?* — Es necesario formar la opinion, pero sin imponerla. — Los liberales brasileños abogando por la esclavitud.

Nada debe afectar tanto al hombre como la invasion que de vez en cuando sufren sus derechos. No obstante, sobre todo el haz de la tierra encontramos reproducida una lucha obstinada en la que defienden unos su libertad y su honor, mientras combaten los otros por esclavizar á los que Dios hizo libres al sacarlos de la nada. Por uno de tantos extravios como sufre su naturaleza, ha querido lisonjearse el hombre estableciendo en su especie diferencias que Dios no quiso establecer. Como si la fortuna le concediese un título de superioridad sobre los otros, los desprecia á veces como á sus inferiores y á veces los trata como bestias. En Asia vemos al árabe, ese rey orgulloso

del desierto, trasportar sus tiendas sobre espaldas de hombres que compró con dinero, y rodeado de mujeres recibidas en cambio de camellos y que tan pronto sirven para saciar sus brutales apetitos como suplen á los asnos en el oficio de cargar los víveres. Africa presencia las violencias inauditas que sufren seres racionales arrancados de su hogar para ser vendidos á traficantes, sin que el lujo de leyes con que una nacion poderosa quiere castigar á estos, sirva mas que para agravar y hacer mas difícil su situacion. Europa, seno de la civilizacion moderna, nos ha ofrecido el espectáculo conmovente del gran depósito de esclavos de Constantinopla; miéntras que la América, el país clásico de la libertad, cuenta derramados sobre su vasto continente ocho millones de hombres que nacieron libres y la injusticia de otros hombres ha reducido á la condicion de esclavos. Mil cuadros melancólicos que conoce el mundo pintan al vivo la situacion de aquellos. Esto sucede, sin embargo, no solamente en el imperio del Brasil sino en una república cuyos ciudadanos en excesos de entusiasmo democrático, han prometido « echar á rodar todos los tronos de la tierra. »

La legislacion portuguesa no solamente sancionaba la esclavitud, sino que protegia la importacion de negros africanos á sus colonias de América. Millares de estos infelices pasaban anualmente del Congo y de Senegambia á las costas del Brasil y eran vendidos en Bahía y Pernambuco, despues de haber pagado sus dueños un impuesto á la corona segun la edad y mayor ó menor robustez de los individuos vendidos. Pero no era á los

negros africanos solamente á los que las leyes declaraban esclavos; el rigor de aquellas se extendia tambien á los indios naturales del Brasil que se hubiesen aliado con los enemigos que ejercitasen latrocinios en mar ó en tierra, que rehusasen pagar tributo ó que no concurriesen al servicio del rey siendo llamados para combatir contra sus enemigos (1). Esta era una medida tremenda: con ella se queria ahogar el amor patrio, noble dote de las almas generosas, pero á la vez se daba lugar á abusos que deploraron despues los mismos monarcas lusitanos. Los historiadores de aquella época nos pintan en efecto á millares de indigenas condenados al cautiverio, so pretexto de rebeldes á un rey que desconocian y á cuya obediencia con vínculo de ningun género se creían ligados.

Un hombre célebre vino á figurar en aquella época en primera línea, oponiendo en su valor incontrastable y en su generosidad á toda prueba un obstáculo insuperable á la codicia de los injustos opresores de los indios. Dotado de un alma grande habia trocado el elevado puesto de consejero de su rey, por el mas humilde de misionero en el Brasil. Como todo el que está poseido de la justicia de sus actos, desempeñaba los de su profesion con suma independenciam, de tal modo, que sentado en el Senado de Lisboa habló con la misma intrepidez que cuando defendia la libertad de los indigenas en los tribunales del Marañon; é hizo oír su voz con la misma elocuencia cuando predicaba en Roma delante del jefe visible de la

(1) Regia provisao de 17 de Octubre de 1655.

Iglesia, como cuando en las márgenes del autócrata de los rios convertia á los salvajes Nheingahilas. Ese hombre extraordinario era el jesuíta Antonio Vieira. Provisto por el rey D. Juan IV, de amplias facultades para arreglar todo lo relativo al escandaloso tráfico de indios que sus vasallos hacian en el Brasil, se presentó en el Pará, recorrió el Marañon y visitó todas las provincias que se conocian entónces como del rey de Portugal. En todas palpó una triste verdad, á saber, que los indigenas eran vejados, hostilizados y reducidos á esclavitud injustamente. Entabló sus reclamaciones en los tribunales, exhibió en estos las órdenes terminantes del rey de Portugal y su voz de trueno, unida á su actividad infatigable, se dejó sentir en todas partes. Mas á pesar de esto, los magistrados dieron su proteccion á los injustos poseedores de los indigenas, las piadosas intenciones del soberano no surtieron su efecto por esta vez y los colonos portugueses pidieron con osadía se lanzase fuera del Estado á Vieira con los jesuitas que invocaban la justicia del cielo y la de sus representantes en la tierra en favor de la libertad de los esclavos.

La voz del Vaticano apoyaba el celo de los ministros de Dios con toda su fuerza divina (1). Fulminó los rayos del anatema contra los promotores y cómplices de la esclavitud de los indigenas, y Paulo III y Urbano VIII expidieron nuevos decretos para hacer efectiva la Bula de su augusto antecesor. Mas todas estas disposiciones no hacian sino irritar el ánimo de los especuladores empeña-

(1) Bula de 6 de Marzo de 1638.

dos en enriquecerse con la fatiga de los pobres indios. Llegó á temerse la conclusion de estos y la falta total de operarios para el trabajo de la tierra, y el rey de Portugal autorizó entónces á los especuladores para que importasen al Brasil negros africanos á los cuales naturaleza robusta los hacia aparentes para las faenas de los europeos. Nadie habria hoy que justificase una medida semejante; sin embargo, esta pareció tan sencilla en aquel tiempo, que la Inglaterra, la Francia y la España, muy léjos de combatirla, permitieron en sus colonias de América el tráfico que por ella se autorizaba. Un solo poder levantó su voz para condenar la ofensa enorme que infiere á la dignidad del hombre ese acto violento que le arranca de su patria, de su familia y de su hogar para conducirle á vivir extranjero y siervo en un suelo del que jamas oyó hablar. Ese poder fué el de la Iglesia católica. Los reyes mas poderosos encontraban comprometidos los intereses de su corona y de sus vasallos cuando permitian la exportacion de negros africanos; mil especuladores empeñaban cuantiosos capitales en tan repugnante tráfico, y los personajes mas calificados por su ciencia y su virtud en las diversas regiones de la América, si no aprobaban expresamente el comercio de negros, no lo combatian tampoco, temiendo quizá perjudicar los intereses afectados en este negocio. Solo la Iglesia católica habló en esta circunstancia, y su voz no lisonjeó al poder de la tierra, ni estuvo en favor de mezquinas conveniencias de particulares; habló, pero para vindicar la justicia oprimida, mostrando que aun cuando todos los intereses reunidos intentasen imponerle una opinion extraña á sus princi-

pios, tiene vigor y energía para rechazarla; que jamás cambia ni puede jamás cambiar aquellos, porque son su existencia misma, y que los proclamará eternamente, porque también eternamente los debe conservar. Con intención nos hemos detenido sobre este punto, porque cuando ciertos gobiernos de Europa se exhiben á cada paso como el modelo de filantropía, y esto cuando su política los coloca muy distantes de serlo realmente, debemos recordar al mundo que no son ellos los que estuvieron siempre al lado de la justicia, sino otra autoridad que al dictar sus leyes no tiene en vista intereses de la tierra, ni consulta la conveniencia temporal de sus creyentes.

Un hecho queremos observar aquí á propósito de los esclavos. Los misioneros católicos, después de luchar vigorosamente en el Brasil contra todos los intereses comprometidos á mantener la injusta esclavitud de los indígenas, obtuvieron por fin del rey la incumbencia de libertar ó rescatar á los que se encontrasen retenidos en cautiverio. Cuando esto habían ejecutado los tomaban bajo su protección y cuidaban escrupulosamente que ninguno les molestase con pretexto alguno en la posesión de la libertad que Dios y no los hombres les concedió al colocarlos en la tierra. De suerte que los jesuitas animados de caridad evangélica realizaron entonces lo que el gobierno inglés ha intentado en nuestros días con engrandecimiento de sus intereses. Una diferencia muy notable existe sin embargo entre la empresa de los primeros y el proyecto que pretende llevar á cabo el segundo. Aquellos misioneros católicos obraban con el mismo valor en todas las circunstan-

cias, se constituían siempre en verdaderos defensores de sus *rescatados*, les proporcionaban medios para adquirir subsistencia gozando de su libertad, y sin olvidar otros intereses más nobles y preciosos, les daban la instrucción necesaria en las verdades de la fe. No sucede lo mismo en el ejercicio del protectorado que la Inglaterra pretende sobre los negros esclavos. Su manera de conducirse es tan diferente como lo son las naciones cuya bandera llevan los buques sospechosos que visita. Es orgullosa y arrogante con los de España y Portugal, tolerante y respetuosa con los de Francia y condescendiente y humilde con los de los Estados Unidos. Los esclavos que arrancan estos nuevos redentores no quedan libres para volver á su patria, sino que son llevados á las colonias inglesas de las Antillas ó á otras de la misma nación, y en ellas son tan esclavos como lo serían en poder de brasileños ó de españoles. Trabajan de día y de noche para el amo que los toma en arriendo al protector, y del fruto de su trabajo no tienen para sí más que el módico precio del vestido miserable que los cubre y del vil pan que los alimenta. ¡Dígasenos en vista de esto, si pueden llamarse filantrópicos los gobiernos que abusando de su poder cometen tan enormes injusticias!

Nosotros llamamos filántropos á los que como Vieira, Lascasas, Valdivia y otros semejantes sacrificaron su reposo, sus intereses y estuvieron dispuestos á sacrificar su vida misma por la libertad de los esclavos; á los que por el bienestar de estos no omitieron sacrificio de ninguna especie, y, en fin, á los que vivieron y murieron trabajando en su propósito sin esperar de la tierra nada

mas que la satisfaccion que recibe la conciencia haciendo el bien por amor de Aquel que es origen del bien mismo. Contemplando la vida del primero de aquellos hombres inmortales, conocemos cuán léjos están de poder llamarse filántropos algunos á quienes nuestro siglo indebidamente concede ese renombre. El surcó dos veces el inmenso Océano para representar las injusticias de que eran victimas los inocentes indios en el territorio brasileño : él trabajó por aliviar la suerte infeliz de estos haciéndose odioso á los poderosos que medraban con el infortunio de aquellos : él recorrió con indecible trabajo las vastísimas provincias del Brasil, navegó sus rios, penetró sus montes y atravesó sus valles, sin mas objeto que conocer el país y sus habitantes para procurarles con mas acierto su bienestar. Ninguna recompensa esperó de los hombres por tan señalados servicios, ni quiso ningun otro fuera de la auréola inmortal que Dios daría á su noble espíritu al buscar en una patria mejor el descanso eterno de tanta fatiga. A hombres de este temple es á quienes nosotros llamamos filántropos y la sociedad debe recordar su nombre con respeto y agradecimiento.

La situacion de los esclavos nada mejoró con la independencia del Brasil. Ordinariamente son obligados aquellos á trabajar en las faenas mas pesadas, y bajo los climas ménos saludables; carecen de instruccion religiosa y social y con frecuencia aun de aquella que es indispensable á todo hombre que profesó la fe cristiana. Ajenos por consiguiente á los sentimientos sobrenaturales que inspiran las verdades de la religion, no encuentran en su alma los medios que les aprovecharian

para consolarse en la desgracia de su situacion. En el desaliento que naturalmente engendra esta, no debe parecer extraño que cometan crímenes, ni que estén prontos á cometer otros, mucho mas si fuesen estos de tal naturaleza que perpetrándolos pudieran prometerse su libertad.

No podré explicar las sensaciones que experimentó mi alma cuando en Pernambuco se me ofrecía ese cuadro terrible que presentan los esclavos. No habia desembarcado aun cuando sentia los ayes lastimeros de un negro á quien maltrataba su patron, porque no hacia con habilidad cierta maniobra. El infeliz tendria diez y ocho años, y acosado por los golpes buscaba asilo entre los brazos de su padre que remaba á su lado. Un dolor profundo revelaban las miradas del anciano, y este era el único tributo que en su situacion podia pagar á la naturaleza. No hay duda que Pernambuco ofrece bajo otro aspecto un cuadro floreciente. Esa naturaleza vigorosa que revelan los bosques, los jardines y los prados que le rodean; su comercio activo que exporta para todos los mercados los preciosos frutos que producen sus campos; las empresas que se establecen con el objeto de facilitar las comunicaciones del puerto con las provincias interiores del imperio; los comerciantes europeos que se agolpan dando vida y animacion al comercio nacional, todo deja ver una poblacion adelantada que sirve de centro á las operaciones mercantiles de una nacion llamada á ser grande y poderosa. Mas el contraste que forma, de una parte, el esplendor de las riquezas que acumula alli el comercio floreciente, la civilizacion avan-

zada que revelan las empresas de vapores y caminos de hierro, y la academia de derecho con los numerosos escolares que la frecuentan; y de otra, el aspecto de los negros que en su fisonomía, en sus maneras, en su vestido y en el conjunto de su todo revelan degradacion, miseria y en una palabra esclavitud, no puede ser halagüeño para quien estime en su verdadero precio la dignidad humana. Las empresas que tienden al engrandecimiento material de los Estados, nada importan cuando á ellas no van unidas las que operan el engrandecimiento moral. Los vapores, los caminos de hierro, las grandes asociaciones mercantiles probarán cuando mas que en un país existen capitales, que sus poseedores los ponen en circulacion porque desean ganancia, pero no que los individuos de ese mismo país están adelantados y son felices; ¡mucho mas cuando ofrecen espectáculos semejantes al que acabamos de referir!

Cuando la Inglaterra imponia á los Estados débiles la « Convencion sobre el tráfico de esclavos, » en uno de sus artículos se reservaba cada gobierno el protectorado de los negros que arrancase del poder de los traficantes. El gobierno brasileño ha capturado algunas embarcaciones cargadas de tan repugnante mercancía; mas la suerte de los infelices que aquellas conducian de las costas de Africa no es mejor sirviendo al gobierno que trabajando para los particulares. Tuve ocasion de persuadirme de esto por mí mismo. En el paso de *Rio-chico* (1) divisé un número considerable de negras que

(1) Provincia de Santos.

caminaban desordenadamente; apresuré la marcha y acercándome conté hasta cuarenta; todas eran muy jóvenes, é iban descalzas y sin otro vestido que una especie de sábana cuyas dos puntas estaban atadas sobre el hombro izquierdo y luego envuelta y sujeta con una cuerda á la cintura. Un portugues que tendria escasamente cincuenta años las arreaba armado de un larguísimo látigo que sacudia de cuando en cuando sobre las que quedaban detras de las demas. «¿De quién son Vds. esclavas? las pregunté poniéndome en medio de ellas. — No lo somos de ningun particular, me dijeron á un tiempo dos ó tres, sino de la nacion. — ¿Trabajan Vds. entónces á jornal? — No, por cierto, trabajamos para la nacion y esta nos da de comer y de vestir. — ¿En qué trabajan Vds.? — Componemos los caminos públicos. — ¿No tienen Vds. mas ropa que la que llevan puesta? — No, porque es la única que nos da la nacion y no tenemos para comprar otra. » Estas infelices habian sido tomadas en un buque *negrero* que las traía de Africa para venderlas en el Brasil. Puestas, segun la Convencion de esclavos, bajo la proteccion del gobierno imperial que las libertó de los traficantes, eran tan desgraciadas como lo habrian sido sometidas á un dueño que las hubiese hecho trabajar en sus molinos de azúcar, ó en el beneficio de sus sementeras de tabaco. Nada mejoraron con el protectorado de la nacion. Y por muy halagüeña que sea y mucho que se prometa el desvalido de una proteccion tan poderosa, ningun resultado feliz lograron hasta hoy los que fueron llamados *protegidos de la nacion*.

¿A qué han quedado reducidos entónces los esfuerzos

tan decantados de la filantropía inglesa? ¿Cuáles fueron los efectos de su famosa Convencion sobre los esclavos? Preciso es decirlo francamente. La convencion ó tratado sobre el tráfico de negros africanos, que la Inglaterra ha presentado al mundo como nueva y concluyente prueba de sus principios humanitarios, envuelve en sus artículos una medida política cuyos efectos serán la ruina de las colonias españolas y francesas en el mar de las Antillas y la rehabilitacion de las posesiones que allí mismo tiene y se encuentran hoy en decadencia. La Inglaterra calculó que Cuba, Puerto Rico, la Martinica y el Brasil, no podrian abastecer con sus producciones los mercados una vez que careciesen de cultivadores para sus frutos, y que estos cesarian con el tráfico de negros africanos. Calculó que siendo ingentes las utilidades que deja aquel á los especuladores, lo continuarian á pesar de la convencion, y entónces su marina mas numerosa que las otras, apoderándose de los negros embarcados, los conduciria á la Trinidad ó á la Jamáica para poner de nuevo en movimiento las fábricas de azúcar y de tabaco con pingüe utilidad de su comercio. Los hechos han probado hasta dónde tenian razon los que discurrían de este modo, cuando la Inglaterra se esforzaba para hacer suscribir su convencion á todos los gobiernos de Europa y de América. La Inglaterra ha conseguido con aquella medida introducir en sus Antillas un número crecido de negros que allí retiene como verdaderos esclavos. Para realizarlo ha capturado buques de muchas naciones, ha visitado otros con ultraje de su bandera y ha bombardeado el puerto de Santos, suponiendo que allí se ejecutaban

desembarcos de negros. Todo esto ha hecho y mucho mas podrá hacer todavía si quiere; pero su proyecto hoy ya no es mirado como hijo de la religion y de la filantropía inglesa, sino por el contrario de su egoísmo y de sus intrigas. La opinion no se puede imponer á los pueblos por medio de convenciones entre gobiernos, es necesario encarnarla en la conciencia de los pueblos mismos, y esta es obra que debe acometer cada gobierno valiéndose de los medios que estén á su alcance.

El Brasil se encuentra todavía muy distante de rectificar sus ideas en orden á la esclavitud. Interesada la parte rica y laboriosa de la nacion en conservar florecientes sus posesiones, rechaza la idea de emancipar los esclavos cultivadores de esas mismas posesiones. Nada singular encontramos en esta conducta, porque el interes sirve ordinariamente de estímulo á las operaciones del hombre: lo que si nos parece injustificable es el proceder de los liberales y republicanos, que abogando allí por la libertad de los pueblos, defienden al mismo tiempo la esclavitud de los negros. ¡Apénas puede concebirse una contradiccion tan monstruosa, y sin embargo es cierta! Los que en la prensa, desde los bancos del parlamento y en las reuniones populares han pedido para el pueblo instituciones liberales; los que al gobierno llaman tirano, porque alguna vez reprime la licencia aunque con demasiada lenidad; los que en Pernambuco y en Rio Grande promovian ó favorecian asonadas que tendian á cambiar en democrático el gobierno imperial, esos mismos son los defensores mas celosos de la esclavitud, y los que abogan mas ardientemente contra el derecho sagrado de ser libres,

que tienen los negros como todo ser racional. No alcanzamos á comprender cuál sea la diferencia tan enorme que, segun su modo de ver, existe entre hombres y hombres, para condenar á unos á vivir esclavos mientras que para los otros piden una libertad ilimitada; que unos hombres sean forzados á vivir como las bestias, sin gozar ninguna conveniencia social, mientras los otros disfrutan todos los bienes de esta y disponen libremente de sí mismos; que unos, en fin, tengan derechos que reclamar, leyes que citar en su apoyo, patria y familia que les representen, mientras que al mismo tiempo y en la misma sociedad existen otros que nada de esto gozan. A cada paso nos será forzoso observar esta clase de contradicciones en que incurrén los liberales de América. Ellas muestran palpablemente que el proceder de tantos como decantan patriotismo y filantropía no es siempre la consecuencia de convicciones inspiradas por algun principio fijo, sino muy á menudo la expresion de mezquinos intereses que les afectan.



## CAPÍTULO VI

¿Quién es la víctima de un desórden semejante? — Ignorancia en el pueblo — Falta de religion. — Error de ciertos hombres públicos — Mezclas supersticiosas. — Las procesiones en Bahía. — Rio Janeiro. — Las fiestas del Espíritu Santo. — Profanaciones. — Impresiones en el canal de San Sebastian. — La cruz solitaria. — Santos. — Belleza sublime del interior del Brasil. — Muchos recuerdos que causan pena.

Cuando el entendimiento atónito se detiene para contemplar el conjunto de los infinitos males que ligeramente hemos enumerado, se pregunta á sí mismo, ¿cuál será la víctima de un desórden semejante? Y no se necesitan á la verdad largos discursos para conocerla. Quien haya visitado el Brasil, la habrá encontrado en un pueblo lleno de ignorancia y de vicios que mas tarde vendrá á servir de instrumento poderoso á la revolucion, si el gobierno que lo rige no toma providencias para mejorarlo.

En la inteligencia del hombre colocó el autor de la naturaleza el primer elemento que puede causar su felicidad sobre la tierra. Es el conocimiento de los deberes